

Memorias de Sor Lucía de Fátima Las apariciones del Angel de la Paz

Al cumplir yo siete años (1915), mi madre determinó que comenzase a guardar nuestras ovejas. Mi padre y mis hermanas no eran de esa opinión; querían para mí una excepción, por el afecto particular que me tenían; pero mi madre no cedió. Así se me confió la guarda de nuestro rebaño.

La noticia de que yo comenzaba mi vida de pastora se extendió rápidamente entre los pastores, y casi todos vinieron a ofrecerse para ser mis compañeros. A todos les dije que sí, y con todos hice planes para ir a la sierra. Al día siguiente, la sierra estaba repleta de pastores y rebaños. Parecía una nube que la cubría; pero yo no me encontraba bien en medio de tantos gritos. Escogí, pues, entre ellos, tres para que fueran mis compañeras, y sin decir nada a los demás, escogimos unos pastos apartados. Las tres que escogí eran: Teresa Matías, su hermana María Rosa y María Justino.

Al día siguiente nos fuimos con nuestros rebaños a un monte llamado *Cabezo*, y nos dirigimos a la falda del monte, que queda mirando al norte. En la ladera sur de este monte quedan *los Valinhos*. Subimos con nuestros rebaños casi hasta la cima del monte. A nuestros pies quedaba una amplia arboleda que se extiende en las llanuras del valle: olivos, robles, pinos, encinas, etc.

Al llegar el mediodía, comimos nuestra merienda, y después invité a mis compañeras a que rezasen conmigo el Rosario, a lo que ellas se unieron con gusto. Apenas habíamos comenzado, cuando, delante de nuestros ojos, vimos, como suspendida en el aire, sobre el arbolado, una figura como si fuera una estatua de nieve, que los rayos del sol volvían como transparente.

– *¿Qué es aquello?* –preguntaron mis compañeras, medio asustadas.

– *No lo sé.*

Continuamos nuestro rezo, siempre con los ojos fijos en dicha figura, que desapareció en cuanto terminamos.

Según mi costumbre, tomé la decisión de callar, pero mis compañeras, apenas llegaron a casa, contaron lo sucedido a sus familias. Se divulgó la noticia; y un día, cuando llegué a casa, me interrogó mi madre:

– *Oye: dicen que viste por ahí no sé qué, ¿qué es lo que viste?*

– *No lo sé.*

Y como no me sabía explicar, añadí:

– *Parecía una persona envuelta en una sábana.*

Y queriendo decir que no le pude ver las facciones, dije:

– *No se le conocían ojos ni manos.*

Mi madre terminó con un gesto de desprecio, diciendo:

– *¡Tonterías de niños!*

Pasado algún tiempo, volvimos con nuestros rebaños a aquel mismo sitio, y se repitió lo mismo y de igual manera. Mis compañeras contaron de nuevo lo acontecido. Y lo mismo sucedió, pasado otro espacio de tiempo. Era la tercera vez que mi madre oía hablar fuera de casa de estas cosas, sin yo haber dicho palabra en casa [...]

Por este tiempo, Francisco y Jacinta pidieron y obtuvieron permiso de sus padres para comenzar a guardar sus rebaños. Dejé entonces a mis buenas compañeras y las sustituí por mis primos: Francisco y Jacinta. Entonces acordamos pastorear nuestros rebaños en las propiedades de mis tíos y de mis padres, para no juntarnos en la sierra con los otros pastores.

1º Primera Aparición del Angel.

Un hermoso día fuimos con nuestras ovejas a una propiedad de mis padres, llamada *Chousa Velha*, situada al fondo de dicho monte. Alrededor de media mañana comenzó a caer una lluvia fina, algo más que orvallo. Subimos la falda del monte seguidas por nuestras ovejas, buscando un resguardo que nos sirviese de abrigo. Fue entonces cuando entramos por primera vez en nuestra caverna bendita, *Loca de Cabezo*, que queda en medio de un olivar que pertenece a mi padrino Anastasio. Allí pasamos el día, a pesar de que la lluvia había cesado y el sol había aparecido, hermoso y claro. Comimos nuestra merienda, rezamos nuestro Rosario, y no recuerdo si no fue uno de aquellos Rosarios que solíamos rezar, cuando teníamos ganas de jugar, pasando las cuentas y diciendo solamente las palabras: *Padre nuestro* y *Ave María*. Terminado nuestro rezo, comenzamos a jugar a las chinas.

Hacía poco tiempo que jugábamos, cuando un viento fuerte sacudió los árboles y nos hizo levantar la vista para ver lo que pasaba, pues el día estaba sereno. Vemos entonces que desde el olivar se dirige hacia nosotros la figura de la que ya hablé. Jacinta y Francisco aún no la habían visto, ni yo les había hablado de ella. A medida que se aproximaba, íbamos divisando sus facciones: un joven de unos 14 o 15 años, de una gran belleza, más blanco que la nieve; el sol lo hacía transparente, como si fuera de cristal. Al llegar junto a nosotros, dijo:

– *¡No temáis! Soy el Angel de la Paz. Rezad conmigo.*

Y arrodillándose en tierra, dobló la frente hasta el suelo. Le imitamos, llevados por un movimiento sobrenatural, y repetimos las palabras que le oímos decir:

– *Dios mío, yo creo, adoro, espero y te amo. Te pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no te aman.*

Después de repetir esto tres veces se levantó y dijo:

– *Rezad así. Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas.*

Y desapareció.

Sus palabras se grabaron de tal forma en nuestras mentes, que jamás se nos olvidaron. Y, desde entonces, pasábamos largos ratos así, postrados, repitiéndolas muchas veces, hasta caer cansados. No decíamos nada de esta aparición, la misma aparición parecía imponernos silencio; y tan íntima e intensa era la conciencia de la presencia de Dios, que ni siquiera intentamos hablar el uno con el otro. Al día siguiente todavía sentimos la influencia de esa santa atmósfera, que iba desapareciendo sólo poco a poco.

2º Segunda Aparición del Angel.

La segunda aparición tiene que haber ocurrido sobre mitad de verano, cuando, debido al gran calor, llevamos los rebaños a casa hacia mediodía para regresar por la tarde.

Pasamos las horas de la siesta en la sombra de los árboles que rodeaban el pozo en la quinta llamada *Arneiro*, que pertenecía a mis padres. De pronto vimos al mismo Angel junto a nosotros.

– *¿Qué hacéis? ¡Rezad, rezad mucho! Los Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. ¡Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios!*

– *¿Cómo nos hemos de sacrificar?* –le pregunté.

– *En todo lo que podáis, ofreced a Dios un sacrificio como acto de reparación por los pecados con que El es ofendido, y como súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así sobre vuestra Patria la paz. Yo soy el Angel de su guarda, el Angel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad, con sumisión, el sufrimiento que el Señor os envíe.*

Estas palabras hicieron una profunda impresión en nuestros espíritus, como una luz que nos hacía comprender quién es Dios, cómo nos ama y desea ser amado, el valor del sacrificio, cuánto le agrada y cómo concede en atención a esto la gracia de conversión a los pecadores. Por esta razón, desde ese momento, comenzamos a ofrecer al Señor cuanto nos mortificaba, no buscando jamás otros caminos de mortificación y penitencia sino los de quedar durante horas con las frentes tocando el suelo, repitiendo la oración que el Angel nos había enseñado.

3º Tercera Aparición del Angel.

Me parece que la tercera aparición debe haber sido en octubre o a fines de septiembre, porque ya no volvíamos a casa para el descanso del mediodía. Pasamos un día desde un pequeño olivar propiedad de mis padres, al que llamábamos

Pregueira (que queda en la falda del mencionado monte, un poco más arriba que *los Valinhos*), a la cueva llamada *Loca de Cabezo*, caminando alrededor del cerro al lado que mira a Ajustrel y Casa Velha.

Después que llegamos, de rodillas, con los rostros en tierra, comenzamos a repetir la oración del Angel: *¡Dios mío! Yo creo, adoro, espero y te amo*, etc. No sé cuántas veces habíamos repetido esta oración, cuando vimos que sobre nosotros brillaba una luz desconocida. Nos levantamos para ver lo que pasaba y vimos al Angel, que tenía en la mano izquierda un Cáliz, sobre el cual había suspendida una Hostia, de la que caían unas gotas de Sangre dentro del Cáliz. El Angel dejó suspendido en el aire el Cáliz, se arrodilló junto a nosotros, y nos hizo repetir tres veces:

– *Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los Sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que El mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María, os pido la conversión de los pobres pecadores.*

Después se levanta, toma en sus manos el Cáliz y la Hostia. Me da la Sagrada Hostia a mí, y la Sangre del Cáliz la divide entre Jacinta y Francisco, diciendo al mismo tiempo:

– *Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios.*

Y, postrándose de nuevo en tierra, repitió con nosotros otras tres veces la misma oración: *Santísima Trinidad...*, etc., y desapareció.

Impulsados por la fuerza de lo sobrenatural que nos envolvía, imitamos al Angel en todo, postrándonos como él y repitiendo siempre las mismas palabras. Tan intensamente sentimos la presencia de Dios, que estábamos completamente dominados y absorbidos por ella. Parecía que por un tiempo bastante largo estábamos privados de nuestros sentidos corporales.

Durante los días siguientes nuestras acciones estaban impulsadas del todo por este poder sobrenatural. Por dentro sentimos una gran paz y alegría que dejaban el alma completamente sumergida en Dios. También era grande el agotamiento físico que nos sobrevino.

No sé por qué las apariciones de Nuestra Señora producirían en nosotros efectos bien diferentes. La misma alegría íntima, la misma paz y felicidad; pero en vez de ese abatimiento físico, una cierta agilidad expansiva; en vez de ese aniquilamiento en la divina presencia, un exultar de alegría; en vez de esa dificultad en hablar, un cierto entusiasmo comunicativo.